



Por España y por el rey, Gálvez en América. Cuadro de Augusto Ferrer-Dalmau. Fuente: <http://www.fdmagazine.es/FD10/fd10.html#p=40>

ESPAÑA Y LA INDEPENDENCIA DE ESTADOS UNIDOS

JOSÉ MARÍA MARCO

Francisco de Saavedra y Sangronis (1746-1810), militar, político y hacendista, nacido en una familia de comerciantes sevillanos, escribió en su diario en 1780, cuando Carlos III lo envió a América: *“Lo que no se está pensando actualmente, lo que debería ocupar toda la atención de la política, es la gran agitación que la revolución americana va a producir en la raza humana”*.

La revolución norteamericana, como la llama el ilustrado

y librecambista Saavedra, había arrancado en abril de 1775. Venía de mucho antes: del éxito, en las colonias inglesas, de las ideas revolucionarias surgidas en Gran Bretaña con la revolución de mediados del siglo XVII; de la afirmación de una identidad propia afianzada en sistemas de autogobierno originales y en una prosperidad cada vez más acentuada; de las oleadas de fervor religioso recordadas con el nombre de *“Great Awakenings”*, y, por fin, en el descontento ante la falta de representación en el

Parlamento inglés por quienes no se resignaban a ser considerados ciudadanos de segunda categoría.

La chispa que prendió todo aquel cúmulo de frustraciones y expectativas la proporcionaron, como es bien sabido, las consecuencias de la Guerra de Siete Años, que enfrentó a Gran Bretaña con Francia y España, unidas contra la ambición hegemónica de la gran potencia marítima. La guerra la ganó Gran Bretaña, pero a un coste tal que la Corona se vio obligada a aumentar la presión

fiscal sobre las colonias. Así es como se dispararon el descontento y la rebelión política y militar que llevaron a la Proclamación de Independencia el 4 de julio de 1776. La prosperidad de las Trece Colonias era indudable, pero no tanta como para tomarle la delantera a la muy rica metrópoli. Por eso, el Congreso continental se decidió a pedir ayuda a España y a Francia. De hecho, los rebeldes vivieron meses angustiosos. Francia se comprometió pronto con ellos, movida por el afán de revancha y la

afinidad de algunos sectores de la sociedad francesa ante la propuesta democrática norteamericana, que cristalizaba de forma concreta, e inédita, los ideales de la Ilustración. España lo hizo más discretamente, aunque algunos españoles, como Francisco de Saavedra, parecen haberse dado cuenta de la dimensión, de orden antropológico, de lo que estaba poniéndose en marcha en Norteamérica, ese nacimiento del *hombre democrático* que iba a cambiar para siempre la civilización occidental y, a partir de ahí, la “raza humana”.

Otros, menos visionarios, pero no menos atentos a la circunstancia, vieron en la rebelión de las Trece Colonias, como los franceses, la oportunidad de resarcirse de los males que la Guerra de Siete Años había traído a España. La Corona, efectivamente había perdido en ella el control de la navegación del Misisipi y la Florida. A cambio del dominio de esta última, la Corona española había

conseguido la retirada de las tropas inglesas de La Habana y de Manila. Francia le cedió el inmenso territorio de Luisiana, que le daba, al menos en teoría, el control sobre la cuenca del Misisipi. Para sacar adelante su proyecto de resarcimiento, la Corona española emprendió, nada más terminar la guerra en 1763, un ambicioso plan que le llevaría a recuperar el dominio marítimo. Fue un enorme esfuerzo de renovación liderado por Jerónimo Grimaldi (1709-1789) y un equipo de ilustrados reformistas que aprovecharon el impulso para emprender una política de modernización sin rupturas de la economía y la sociedad española, continuación de las reformas emprendidas bajo Felipe V y Fernando VI por, entre otros, el marqués de la Ensenada.

ESPAÑA ENTRA EN LA GUERRA.

Cuando llegó el momento, el 21 de junio de 1779, con el tesoro

de América a buen recaudo en los puertos españoles, la Corona se sintió lo bastante fuerte como para unirse abiertamente a Francia (no, por lo menos formalmente, a Estados Unidos) en su rebelión contra Gran Bretaña. El nuevo pacto se plasmó en el Tratado de Aranjuez. Uno de los escenarios del enfrentamiento, de naturaleza global, se desarrollaría lejos de Norteamérica. Aquello obligaba a Gran Bretaña a dividir sus fuerzas, lo que fue aprovechado por la renovada Armada Combinada, unión de las armadas española y francesa promovida por los pactos de Familia entre las dos ramas borbónicas, para asediar el puerto de Mahón y tomar la isla de Menorca, en manos británicas desde 1713. También hubo un nuevo intento, frustrado otra vez, de invadir Gran Bretaña.

Españoles y franceses pusieron cerco a la plaza de Gibraltar, ganada por los británicos, en un gesto característico de piratería, durante la Guerra de Sucesión. A pesar del

esfuerzo militar y logístico, el sitio largo, que duró de 1779 a 1783 no logró bloquear el acceso a Gibraltar desde el mar, que era, como se había demostrado en los dos asedios anteriores, la clave para recuperar la plaza. Los asaltantes tampoco consiguieron anular las potentes y novedosas tácticas de defensa puestas en marcha por los británicos. No se logró, por tanto, la rendición del Peñón ni su devolución a la soberanía española. Aun así, sirvió para distraer unas fuerzas que, de otro modo, se habrían concentrado en territorio norteamericano. También se preparó una ofensiva para recuperar Jamaica de la piratería inglesa, algo que muy probablemente se habría conseguido, aunque la firma del Tratado de París interrumpió la campaña de la armada hispanofrancesa.

La segunda parte de este gran enfrentamiento se desarrolló, como es natural, en territorio americano, allí donde los rebeldes luchaban contra un imperio del que querían dejar de ser los súbditos. Francisco Saavedra no era el único que se percataba de la dimensión de lo que estaba ocurriendo allí. El conde de Aranda (1719-1790), por entonces embajador en París (desde 1773), comprendió bien lo que estaba a punto de ver la luz: *“La España, va a quedar mano a mano con otra potencia sola en todo lo que es tierra firme de la América septentrional... ¿Y qué potencia? Una estable y territorial que ya ha invocado el nombre patricio de América con dos millones y medio de habitantes descendientes de europeos, que según las reglas que toman para su propagación, duplicará sus vivientes cada 25 ó 30 años, y en 50 ó 60 puede llegar a ocho ó diez millones de ellos, mayormente que de Europa misma continuará la emigración, por el atractivo que ofrecerán las leyes de aquel nuevo dominio”*.

Habiéndose percatado del reto histórico al que se enfrentaba España, Aranda mismo



Pedro Pablo Abarca de Bolea, X Conde de Aranda. Ramón Bayeu (1769). Museo de Huesca.

recibió a Franklin, destacado como embajador de las Trece Colonias en su residencia parisina, la tarde noche del 29 de diciembre de 1776. Los dos estaban interesados en conocerse y la conversación, difícil porque Franklin y sus acompañantes no sabían francés ni español y Aranda, no muy amante de Gran Bretaña, desconocía el inglés, fue uno de los momentos de arranque de una relación llamada a ser fructífera. Negociaban cara a cara dos grandes de la Ilustración, protagonistas de una misma historia desde perspectivas muy distintas: por una parte, el prototipo del burgués, el nuevo *self-made man*, representante acabado del hombre *natural* nacido con la revolución democrática norteamericana (se recordará que Franklin tiró su peluca al Canal de la Mancha, desde el barco que lo llevaba de Inglaterra a la costa francesa); de otra, la quintaesencia de la aristocracia europea y representante, además, de la Monarquía Católica española. Como detalle, es destacable resaltar que, después, Franklin fue nombrado académico correspondiente de la Real Academia de la Historia.

Seguro del éxito de los insurrectos, Aranda quería que la Corona interviniera pronto para consolidar la amistad hispano-norteamericana en el momento de máxima debilidad de los rebeldes. En Madrid, el Gobierno fue más prudente. El responsable de la política española, el conde de Floridablanca (1728-1808), de hecho, advirtió al embajador en París un año después de aquella primera entrevista: “*Es necesaria gran sagacidad para no alucinarnos ni ponernos al borde del precipicio de una guerra inmadura, de la cual cualquier golpe fatal debe recaer sobre la España, que es la que más tiene que perder en sus circunstancias actuales*”. Evidentemente, Floridablanca se precavía ante los efectos que la sublevación norteamericana pudiera tener en los territorios americanos



George Washington. Joseph Perovani (1796). Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

de la Corona española. John Jay, enviado por el Congreso continental para lograr el apoyo de la Corona española indispensable para el éxito del levantamiento, se vio detenido en Burgos y luego, aunque instalado en Madrid, nunca logró el reconocimiento oficial por parte del Gobierno español. Habría significado el reconocimiento de la nueva nación, algo que los gobernantes españoles pensaban que no se podían permitir. Jay, que tampoco contó con un apoyo demasiado generoso de sus compatriotas, no guardaría un buen recuerdo de su estancia en Madrid.

LA AYUDA ESPAÑOLA Y SUS PROTAGONISTAS.

Aun así, ni la Corona ni sus ministros, en particular Floridablanca -no muy amigo de Aranda, como es bien sabido-, habían abandonado la ayuda a los rebeldes. Pero, en vez de hacerlo abiertamente, el apoyo se canalizó, ya que no de forma clandestina -porque la Corona inglesa estaba bien enterada

de las maniobras hispano-norteamericanas-, sí discretamente. Así es como se puso en marcha una operación de gran envergadura en la que jugaron un especial papel las redes comerciales que los armadores y comerciantes españoles habían venido tejiendo en ambos lados del Atlántico desde hacía varias décadas, favorecidos por la política de paz, por las reformas de los Gobiernos de la Corona y por el mismo impulso de emprendimiento y progreso característico de la Ilustración, incluida la importante Ilustración española. La Corona española suministró lo más necesario: dinero y crédito, en primer lugar, pero también armas, municiones, pólvora, pertrechos y ropa -mantas, zapatos, medias, calcetines, casacas y calzones- imprescindibles para los inviernos de la costa este de Norteamérica. Fue, como corresponde a la Ilustración española y al carácter de quienes la diseñaron, la organizaron y la llevaron a cabo, una ayuda práctica, concreta, ajena a cualquier grandilocuencia ideológica.

Es en ese contexto, que combina una economía globalizada con un espíritu empresarial y cosmopolita, donde

destacan algunos de los protagonistas de estos años de intensas relaciones hispano-norteamericanas. De los más famosos es Diego de Gardoqui (1735-1790), nacido en una próspera familia de comerciantes bilbaínos con una bien establecida red comercial por todo el Atlántico norte. Educado en Inglaterra y buen conocedor de las costumbres y la mentalidad anglosajona, Gardoqui se convirtió en uno de los elementos fundamentales para llevar a las costas norteamericanas, de forma disimulada, dinero (los reales de a ocho conocidos como “*spanish dollars*”, modelo del futuro dólar norteamericano) y material necesario para la guerra. Gardoqui llegó a ser el primer embajador de España ante el Gobierno de Estados Unidos y, desde su mansión en Manhattan, tejió lazos consistentes con la sociedad política y empresarial norteamericana, entre ellos uno de amistad y respeto con Washington, que le honró en diversas ocasiones. Cuando Gardoqui regresó a España en 1790, le sustituyó interinamente José de Jáudenes y Nebot (1764-1813), un valenciano que había sido su asistente y que negoció el Tratado de San Lorenzo entre Estados Unidos y España. De su ambición y de su gusto quedan los dos retratos que Gilbert Stuart, pintor oficial de la Revolución norteamericana, hizo de él y de su esposa Matilda Stoughton (1778-1822), con la que se casó en la antigua iglesia católica de San Pedro en Nueva York, construida con dinero español. Fue Jáudenes el que envió a España, como obsequio a Godoy, el retrato de Washington por Joseph Perovani que se conserva en la Real Academia de San Fernando.

Complementaria a la figura de Gardoqui es la de Juan de Miralles (1713-1780), alicantino, afincado en La Habana y que hizo fortuna con el comercio de esclavos. No por eso Miralles, casado con una rica heredera cubana, resultó menos

decisivo para canalizar la ayuda española a los norteamericanos. Habiendo inaugurado una ruta comercial entre La Habana y Charleston, conocía bien las colonias y como tal fue encargado de recabar información haciéndose pasar por un comerciante cubano. Luego fue nombrado comisionado real ante el Congreso Continental, se estableció en Filadelfia y, con una simpatía arrolladora y no dudando en gastar parte de su fortuna personal, logró, a pesar de no tener el estatuto diplomático oficial de ministro, establecer excelentes relaciones con los insurgentes. Miralles llegó a ser amigo personal de George Washington, al que admiraba hasta el punto de encargarse de once retratos del jefe de los insurgentes para regalarlos en España y en Cuba. Washington, por su parte, le honró con una amistad afectuosa, muy lejos de la convención de las relaciones oficiales. De hecho, cuando Miralles cayó enfermo, Washington llegó a alojarle en la casa que él mismo ocupaba en Morristown.

No es el único español en sentir una auténtica fascinación por aquella sociedad nueva. Ahí está Jorge (o George) Farragut (1755-1817), mallorquín que se fue a Estados Unidos en 1776 y, haciendo suya la causa patriota norteamericana, se alistó como voluntario en la Armada insurgente y también llegó a ser elogiado por Washington por su valentía y su vivo ingenio. El sevillano Andrés Almonaster (1725-1798) es otro hispano norteamericano, llegó a Nueva Orleans con el mariscal Alejandro O'Reilly, que trabajó luego bajo el mandato del gobernador de Luisiana Luis de Unzuaga (1717-1793), otro gran funcionario, de origen malagueño, emparentado con Gardoqui. Almonaster consiguió una gran fortuna con el comercio de esclavos y de bienes inmuebles, y dedicó una parte importante de esta a la renovación de la ciudad de Nueva Orleans tras las catástrofes y el incendio de 1788, entre otras muchas obras de altruismo características de

una mentalidad propiamente norteamericana.

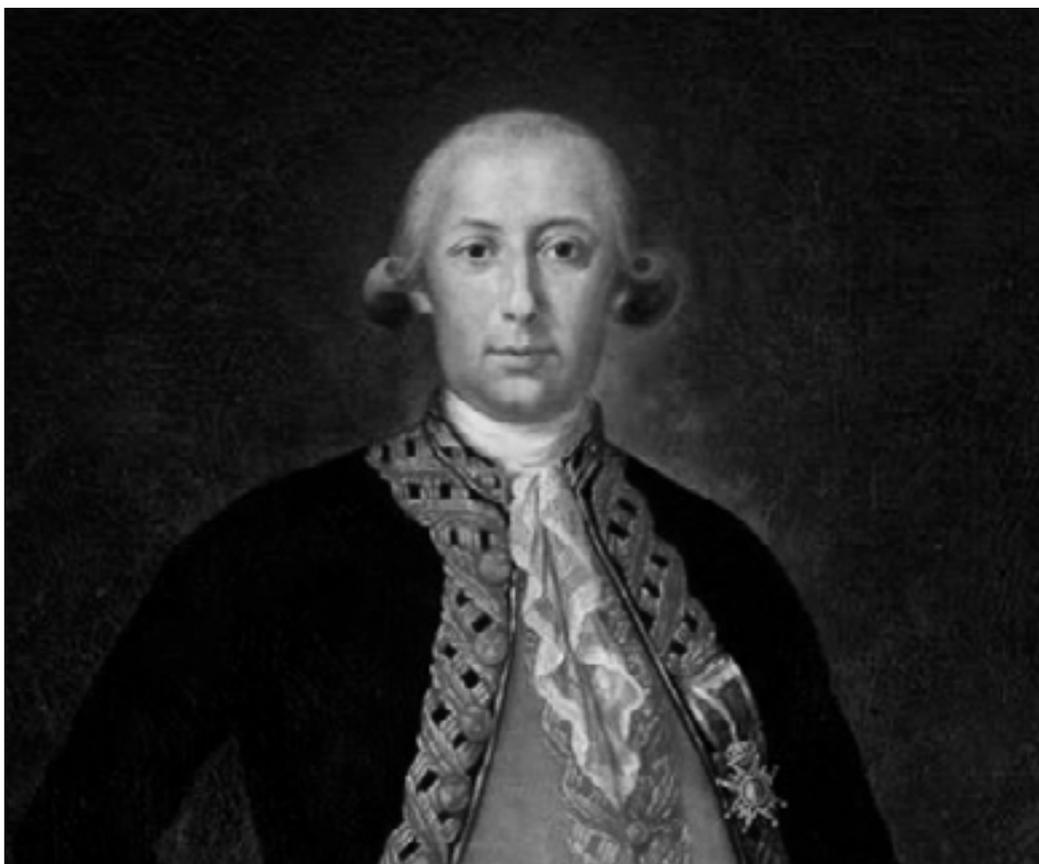
El recuerdo de la ayuda española quedó oscurecido por los acuerdos posteriores entre Estados Unidos y Gran Bretaña, los pleitos territoriales entre España y la nueva nación, la escasa popularidad de la Monarquía católica en la opinión pública norteamericana -con el colofón de la Guerra hispano-norteamericana de 1898- y los malos recuerdos que se trajo Jay de su estancia en España. Y, sin embargo, ahí está la ayuda en materiales indispensables y en metálico, que la profesora Reyes Calderón cifró, solo en el año 1777, en 2.489.906 reales, el 5,9% de los ingresos ordinarios de la Corona, una suma extraordinaria. José María Lancho Rodríguez evaluó la deuda (impagada, y que no va a ser reclamada, como es natural) de Estados Unidos con España asciende a tres billones de dólares aplicando un interés compuesto pactado del cinco por ciento, o de más de medio

billón con interés simple (Memorias recobradas).

ESPAÑA EN NORTEAMÉRICA: BERNARDO DE GÁLVEZ.

La ayuda no acabó ahí, ni en la generalización de la guerra por todo el Atlántico y el Mediterráneo. Las reformas llevadas a cabo en la España de ultramar permitieron un afianzamiento político que a su vez hizo posible una nueva actitud ante el conflicto anglo-norteamericano. Desde su territorio, los españoles consiguieron controlar el curso del Misisipi gracias a la flota del barón de Carondelet (1748-1806), militar de origen francés, gobernador de Luisiana bajo la Corona de España. Fue un éxito clave para los insurrectos y la Luisiana, donde los representantes de la Corona practicaron una política generosa y liberal de acogida de inmigrantes. Se trataba de convertir el territorio en freno para la expansión de Estados Unidos hacia las antiguas posesiones españolas en el Suroeste. Entre quienes se instalaron por entonces en Luisiana en busca de oportunidades, bajo la seguridad que ofrecía España, estuvo Andrew Jackson, el padre del populismo norteamericano, que juró fidelidad al monarca español el 15 de julio de 1789. Es cierto que los problemas de delimitación de fronteras, en Florida, arrancarían casi de inmediato, pero ese es otro capítulo de la historia.

A las intervenciones en el río y en el bajo Misisipi, España añadió otras muchas, como la toma de posesión de la orilla oriental por Baltasar de Villiers en noviembre de 1780 y las sucesivas derrotas británicas en Jefferson City, actual capital del estado de Misuri, en mayo de 1780; la incursión de castigo y toma del fuerte Saint Joseph en Niles, actual estado de Michigan, en febrero de



The Spanish General Bernardo de Gálvez (1746-1786), hero of Pensacola's Battle. Mariano Salvador Maella (1783-1784). Colección particular.

1781, y la victoria en el fuerte Carlos III del Arkansas Port, que controlaba la confluencia del río Arkansas, en abril de 1783. El resultado de estas actuaciones fue la derrota total de Gran Bretaña por España en el Misisipi. El gran río quedaba bajo dominio español en ambas orillas desde su desembocadura en el golfo de México hasta más allá de San Luis, en Misuri. El control de un territorio estratégico se añadía al que España ejercía sobre el golfo de México, impidiendo la llegada de tropas británicas por mar.

Bernardo de Gálvez (1746-1786) es una de las pocas figuras de esta historia que ha conseguido sobrevivir al olvido. Nacido en una familia de grandes servidores de la Corona, especializados en los asuntos americanos, se había curtido en un regimiento francés en Europa y en los turbulentos territorios fronterizos del norte del Virreinato de la Nueva España, donde llegó a conocer, y a respetar, a sus adversarios apaches. Nombrado gobernador de Luisiana en 1777, puso en marcha la política de atracción de inmigración que ya conocemos, en una línea de conducta característicamente ilustrada, fuertemente influenciada por Francia, como era inevitable en una sociedad como aquella, francesa hasta hacía poco tiempo, y también teñida ya de cierta conciencia de identidad propia: él mismo se había casado con Felicitas de Saint-Maxent (1758-1799), criolla, es decir americana de origen francés. Se entrevistó así la complejidad cultural de aquellos territorios, escenario de una extraordinaria mutación social y política.

Fue desde su puesto de gobernador desde donde Gálvez apoyó a los rebeldes, primero clandestinamente -por mucho que los ingleses estuvieran al cabo de la calle de sus actividades-, bloqueando algunos puertos a los navíos británicos y abriendo la navegación del Misisipi a los norteamericanos,

y luego abiertamente, a partir de 1781. Llegó así la campaña de la cuenca sur del Misisipi, en la que Gálvez encabezó una marcha que dio a España el control del territorio. Después, Gálvez encabezó la toma de Mobile (o Mobila), una plaza estratégica para la defensa de Nueva Orleans y para el paso de las tropas para la Florida. Y por fin lanzó el asalto a Pensacola (antiguamente Panzacola), en la que el gobernador hizo gala de sus dotes de liderazgo al lanzarse al asalto de la fortificación en solitario, sobre su bergantín *Galveztown*, lo que daría lugar al famoso lema “*Yo solo*”. La toma de Pensacola resultó crucial para el control del territorio del sur de los futuros Estados Unidos. Inmediatamente, Gálvez encabezó el asalto que acabó con el control inglés de las Bahamas y, de no ser por la rendición inglesa, probablemente habría acabado también con el de Jamaica. Gálvez terminó sus días, prematuramente, como virrey de la Nueva España: uno de los gobernantes más respetados y queridos de toda la historia de la España americana.

En la etapa final de la guerra, fue Francisco de Saavedra, al que ya conocemos, el que, como Comisionado Regio de España, alcanzó un acuerdo con los jefes de las tropas francesas para proporcionar la ayuda en dinero (más de 500.000 pesos en plata, reunidos en La Habana en muy poco tiempo, dado el interés de los comerciantes cubanos en introducirse en el ya más que prometedor mercado norteamericano) y en tropas, con la organización de una flotilla. La ayuda resultó trascendental para la victoria de Yorktown, la batalla decisiva y final de la Guerra de Independencia.

Se llega así al Tratado de Versalles, firmado entre España y Gran Bretaña y complementario al de París, entre Gran Bretaña y Estados Unidos, el 3 de septiembre de 1783. Las potencias europeas reconocían el nacimiento de la nueva nación, el fruto más acabado de la Ilustración. Aranda, con su habitual lucidez, vio corroborado su diagnóstico de 1776 y escribió otro que también se cumpliría: “*Esta república federal nació pigmea, por así decirlo, y ha necesitado del*

apoyo y fuerzas de dos estados tan poderosos como España y Francia para conseguir su independencia. Llegará un día en que crezca y se torne gigante y aún coloso temible en aquellas regiones”. Como es bien sabido, el apoyo de Francia a los norteamericanos dejó endeudada a la Corona francesa, lo que estuvo en el origen de la revolución que se llevaría todo un mundo por delante. España, más prudente, sorteó mejor las consecuencias del enfrentamiento. Aunque Estados Unidos no reconoció nunca oficialmente la deuda adquirida con los españoles, España había recuperado el control del Caribe y la Florida. Se había estabilizado en la Luisiana y toda la margen izquierda del Misisipi. Aunque no lo logró con Gibraltar, sí que recuperó la soberanía de Menorca y algunos territorios americanos de gran relevancia. Recientemente, se ha ido desvelando y difundiendo, con exposiciones, estudios y conmemoraciones, este momento crucial de la larga y relevante contribución española a la identidad norteamericana.

BIBLIOGRAFÍA

Reyes Calderón, “Ayuda financiera española al proceso de Independencia de los Estados Unidos de América: hechos y cifras”, en *Legacy / Legado* (2007), 64-74.

Guillermo Calleja Leal, “España sostiene financieramente al Congreso continental y su Ejército durante la Guerra de la Independencia de Estados Unidos”, en *Recovered Memories / Memorias recobradas* (2018), 131-159.

Thomas E. Chávez, *España y la independencia de Estados Unidos*, Taurus, 2006.

Sunció García Zanón y Robert Martínez Canet, *Barres i Estels. Els valencians i els*

USA, Museu Valencià d’Etnologia, 2014.

Eduardo Garrigues López-Chicheri (ed.), *Norteamérica a finales del siglo XVIII: España y Estados Unidos*, Fundación Consejo España Estados Unidos, Marcial Pons, 2008.

José Manuel Guerrero Acosta ed., *Recovered Memories / Memorias recobradas*, Louisiana State Museum, Iberdrola, 2018. <https://www.iberdrola-arte.es/FicherosIberdrola/Publicaciones/8/33bfaf64-c9a1-4f4c-83af-69d33bf520e3.pdf>

Carolyn Kinder Carr y Mercedes Águeda Villar, *Legacy: Spain and the United States in*

the Age of Independence, 1763-1848 / Legado: España y los Estados Unidos en la era de la Independencia, 1763-1848, SEACEX – National Portrait Gallery, 2007. José María Marco, “España y la identidad norteamericana”, en *Barres i Estels. Els valencians i els USA*, 2014, 97-112. <https://www.josemariamarco.com/espana/los-espanoles-y-la-identidad-norteamericana/>

Jesús Pabón, *Frankin y Europa*, Sarpe 1985.

VV. AA., *España y la independencia norteamericana*, *Revista de Historia Naval*, 70, Madrid, 2015.



 **DISENSO**
FUNDACIÓN